



EL PAPEL DE LOS MILITARES EN AMERICA LATINA

General ANDREW P. O'MEARA

Conferencia pronunciada en West Point durante la reunión de Comandantes de Ejércitos Americanos verificada entre el 2 y 7 de Agosto de 1964.

Este es el cuarto año en el cual he tenido el privilegio de dirigirme a esta distinguida reunión. En cada una de mis anteriores disertaciones he hablado brevemente y me he referido a los peligros inminentes a los cuales nos enfrentamos y a las medidas inmediatas que es necesario adoptar. Este año les hablaré en una forma un poco más extensa y trataré sobre los problemas a largo plazo en vez de aquellos que son inmediatos. Algunos podrán decir que al hacerlo me extralimito del campo de mi competencia. Si ello es así, sé que tengo suficientes amigos, entre los que me escuchan y sé también que ellos son lo suficientemente francos e imparciales en sus expresiones, de manera que no uno sino muchos me dirán: "O'Meara, dedícate a tus cañones". Si esto se justifica, aceptaré ese consejo con el mismo espíritu amigable en que será ofrecido. Sin embargo, yo tengo suficiente fe en la veracidad de las ideas que expresaré hoy, como también en su importancia, para atreverme a correr el riesgo de inducir a mis amigos a que me digan que me he inmiscuído en campos que se encuentran completamente fuera de mis actividades.

El tema que se me pidió desarrollar en esta Conferencia es el papel que desempeñan los militares, en la América Latina. Históricamente, en mi opinión, el papel realmente importante de los militares en la América Latina ha sido el de suministrar liderato. Esto se ha confirmado en todos los casos, ya sea que el liderato haya sido para el bien o para el mal. Las revoluciones que dieron como resultado la independencia de los países americanos del apoyo europeo fueron dirigidas por militares. Los grandes libertadores fueron todos líderes militares. En realidad, la mayoría de las Fuerzas Armadas de los países que constituyen actualmente la América Latina tuvieron su origen en las guerras de independencia. En los años que siguieron a éstas, años de violencia y desorden que sumieron en la ruina a la mayoría de los países latinoamericanos, fueron de nuevo los militares quienes en general, actuaron como líderes en esa violencia y precipitaron muchos de los conflictos de ese periodo difícil.

Cuando a estos años confusos siguió un periodo de modernización y crecimiento del comercio y la industria, en muchos países las academias militares fueron las primeras en cambiar la educación de los clásicos y las humanidades hacia el énfasis necesario en ingeniería y adiestramiento técnico. En este respecto, las academias y escuelas

militares de la América Latina desempeñaron la misma misión que tuvo en la historia de los Estados Unidos de América la Academia Militar de los Estados Unidos en la cual nos encontramos reunidos hoy. Actualmente, las escuelas técnicas militares desempeñan un papel preponderante en el aumento de los recursos de la América Latina en lo que respecta a mecánicos, reparadores electrónicos y especialistas técnicos, en la misma forma en que las escuelas militares de los Estados Unidos han contribuido desde 1940 al desarrollo de nuestra economía con muchos hombres técnicamente hábiles.

Por otra parte, al darse cuenta los pueblos de que la democracia podía ser fuerte solamente si los países contarán con una población instruída, en muchos países de la América Latina los militares han sido los líderes en esa campaña de adiestramiento, al implantar la enseñanza de los rudimentos de

lectura y escritura a los conscriptos anuales.

En los años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial, cuando muchos intelectuales y educadores de la América Latina creyeron que el marxismo y el comunismo eran filosofías legítimas o siquiera filosofías que tenían aplicación apropiada en sus respectivos países, las fuerzas armadas se han situado a la vanguardia de aquellos que reconocieron la amenaza a la democracia, inherente al comunismo internacional, y han sido los primeros en poner alerta al electorado sobre el hecho de que estas filosofías eran solamente la fachada de un esfuerzo dirigido internacionalmente para imponer los sistemas autoritarios de gobierno en nuestro hemisferio. Ellos han sido líderes, no solo en el reconocimiento de la amenaza y en la advertencia de ella a los pueblos, sino también en

GENERAL ANDREW PICK O'MEARA

Comandante en Jefe del Comando del Sur
de los Estados Unidos

Nació en West Bend, Wisconsin, el 23 de marzo de 1907. Se graduó en la Academia Militar de los Estados Unidos en 1930 como Subteniente de Artillería de campo. Con anterioridad a la Segunda Guerra Mundial, sirvió en Unidades de Artillería; instructor en el Departamento de Física de West Point.

En 1941 se incorporó en la Cuarta División Blindada y sirvió, sucesivamente como Comandante de Batería, Oficial de Operaciones de Regimiento y Comandante de Batallón. En agosto de 1942 se le destacó al Cuartel General de las Fuerzas Blindadas en Fuerte Knox, Kentucky. Más tarde se le hizo Director de Armería en la Escuela de Armas Blindadas.

En 1944 sirvió como Oficial de Operaciones de Artillería en el Grupo del Primer Ejército, más tarde se le destacó al Grupo 12 del Ejército en Londres. Cuando la ofen-

siva alemana en Ardennes, se le nombró Subcomandante del Séptimo Cuerpo de Artillería. Luego pasó a ser Director de Armería en la Escuela de Artillería del Fuerte Sill, Oklahoma. Posteriormente sirvió en Alemania como Sub-Director de Transportes y Abastecimientos del Comando Europeo de los Estados Unidos.

Se graduó en la Escuela Superior Nacional de Guerra en 1952 y fue destacado a Corea como Comandante de la Séptima División de Artillería. Once meses después asumió el Comando del Noveno Cuerpo de Artillería en Corea. En 1954 pasó a ser Sub-Jefe de Desarrollo e Investigación del Departamento del Ejército. Asumió el Comando de la Cuarta División Blindada en el Fuerte Hood, Texas, en 1957 y lo condujo a Alemania a fines de ese año. En 1959 se le encomendó la Dirección de la División de Ayuda Militar del Comando Europeo de los Estados Unidos en Francia.

En febrero de 1961, el General O'Meara llegó a la Zona del Canal como Comandante en Jefe del Comando del Caribe y fue ascendido a General el 6 de junio de 1963.

la adopción de medidas positivas para contrarrestarla.

Posiblemente, el liderato más importante ejercido por las fuerzas militares durante este peligroso período actual ha sido el reconocimiento de que los desamparados deben ver una esperanza real en el sistema de vida democrático; la perspectiva de engrandecimiento inicial y creciente de los beneficios materiales de la vida, ahora en el curso de su vida y en los primeros años de vida de sus hijos, y no dentro de veinte o treinta años, en un futuro lejano. Eso es lo que se han dedicado a demostrar las fuerzas armadas en muchos países. A falta de un calificativo mejor para tal esfuerzo, todos hemos adoptado el término "Acción Cívica". Aun cuando los resultados obtenidos por medio de los programas de Acción Cívica varían de un país a otro, yo creo que es una descripción imparcial de estos programas decir que en su totalidad ellos demuestran a los campesinos y a los desvalidos que las fuerzas armadas y el gobierno son sus amigos y están trabajando en forma inmediata y efectiva en pro de su mejoramiento. Una característica secundaria, pero muy importante, es que estos programas, inculcan en cada soldado la convicción de su propia responsabilidad de mejorar el bienestar de su país y sus habitantes, y la apreciación de dicha responsabilidad en el futuro de su patria.

Es interesante e importante para todos los que estamos aquí, así como tendrá para el curso de los acontecimientos en este hemisferio, que exista un elemento considerable entre las personas más capacitadas de mi país que, aun cuando reconozcan que los militares de la América Latina son líderes en sus propios países, consideran que esta dirección es, en última instancia, perjudicial para la América Latina. Hace poco menos de tres meses asistí a

una conferencia aquí en West Point que fue organizada y dirigida por el Coronel George A. Lincoln, Jefe del "Departamento de Ciencias Sociales Latina". Asistieron representantes prominentes de las universidades, del gobierno y del comercio de los Estados Unidos. Gran parte de la discusión giró alrededor de los golpes militares ocurridos durante los últimos años. La opinión sobre el tema de gran número de estos individuos influyentes fue extremadamente enérgica y muy desfavorable. Permitáseme citar un ejemplo de las observaciones que se hicieron:

"Aun cuando los militares puedan tener una conciencia limpia con respecto a los motivos patrióticos de su intervención, los individuos depuestos no los miran con ojos de misericordia. Ellos consideran los golpes como enteramente injustificados, el producto de un anticomunismo ciego y exagerado, y como una absurda hipersensibilidad a las amenazas contra la institución de las fuerzas armadas. Ellos consideran a los actuales líderes militares, como hombres que no comprenden los problemas socio-económicos urgentes a los cuales se enfrentan sus respectivos países.

"Además, la oposición civil de ninguna manera conviene en que los militares tengan derechos que estén por encima de la ley; más bien, ellos insisten en que los militares se han arrogado ellos mismos la misión de salvar la nación. Ellos consideran a los militares como el impedimento principal para la resolución ordenada de los problemas sociales y económicos del país. Según ellos creen, todas esas dificultades se pueden solucionar por medios constitucionales. Sin embargo, cuando los militares intervienen para evitar la solución política y democrática de las diferencias que se presentan con relación a los problemas económicos y

sociales, ellos estorban la evolución normal de las cosas y, por lo tanto, solo agravan los problemas existentes. Ellos creen, en resumen, que las acciones políticas de los militares sirven solamente para interrumpir el orden político, sin traer consigo ventajas económicas o sociales”.

Aun cuando el sentimiento de los civiles latinoamericanos tan enérgicamente expresados en las observaciones que anteceden, lo compartía cierto número de los que asistieron a la conferencia, especialmente aquellos que provenían de universidades, y también lo compartían algunos miembros influyentes de la prensa y del Congreso de mi país, hubo muchos conferenciantes que se expresaron en forma definida, en cuanto que, aun cuando existen efectos perjudiciales como resultado de los golpes de estado y aun cuando algunos de esos golpes de estado pueden muy bien ser predominantemente malos en sus efectos, en la América Latina se presentan algunas situaciones que parecen no ser susceptibles a ninguna otra solución que no sea aquella que ofrecen los militares. Este grupo de asistentes a la conferencia sostuvo que, en vez de generalizar si los golpes de estado eran o no correctos, lo necesario era estudiar cada uno como un caso particular.

En mi discusión sobre el tema yo argüí, y creo que con algún éxito, contra la tesis de que la influencia general de los militares en la América Latina es perjudicial. Estuve de acuerdo con una idea manifestada en el sentido de que los golpes de estado no eran otra cosa que un aspecto de la enfermedad política y social que aflige en la actualidad a gran parte de la América Latina. Para sustentarlo, cité una frase de un artículo escrito por **Phillip W. Quigg** en una edición reciente de la revista, **Foreign Affairs**. Contando con

la indulgencia de ustedes, desearía volver a citar hoy dicha frase:

“El comunismo continúa siendo un peligro en la América Latina, no tanto por su propia fuerza, sino por la debilidad de las sociedades dentro de las cuales se oculta; no tanto porque haya muchos comunistas disciplinados trabajando eficientemente las 24 horas del día, sino por que hay demasiados políticos que no cumplen el mínimo de sus obligaciones para con sus pueblos; no porque exista demasiada pobreza, sino porque hay un exceso de corrupción e ineficiencia; no porque el comunismo sea considerado como un bien fundamental, sino porque hay mucho con qué desacreditar la democracia”.

Aun cuando el señor Quigg se refirió en la frase que acabo de citar al problema del comunismo en la América Latina, lo que él afirma tiene decididamente una aplicación más amplia. Las deficiencias que él cita no solo abren las puertas al comunismo o a cualquier otro “ismo” que ofrezca una posible solución, sino que ellas también impiden que las medidas constructivas que nuestros países están adoptando individual y colectivamente produzcan resultados oportunos.

No hay duda de que las deficiencias y faltas enumeradas son básicas de la humanidad y que se encontrarán en mayor o menor grado en todos los países. Es indudable que encontramos el mismo tipo de venalidad, ineficiencia y corrupción en mi propio gobierno. Yo creo, sin embargo, que nosotros hacemos mejor descubriéndolas, castigándolas y haciendo que el público las conozca, de modo que, inevitablemente, se conviertan en un escándalo, ya sea en el nivel local o en el nivel nacional. En un artículo publicado el pasado mes de octubre, el Ex-Presidente Lleras Camargo de Colombia dijo: “...ni un solo latinoamericano, ya sea de elevada posición o del bajo mun-

do, ha sido encarcelado por no pagar sus impuestos o por enviar informes fraudulentos sobre la renta. En toda esa vasta área resulta inconcebible que engañar o defraudar al Estado en este asunto de los impuestos se pueda considerar como un crimen”.

Esta aseveración ciertamente no abarca el amplio frente comprendido en las aseveraciones del Sr. Quigg, pero en forma clara se refiere al problema básico. Expresado en forma sucinta, yo identificaría este problema como la falta demasiado frecuente de integridad en los asuntos públicos. Me parece que, mientras no se exijan normas elevadas de todos y cada uno de los servidores públicos, será muy difícil lograr un progreso decisivo en la solución de toda la gama de problemas sociales, políticos y económicos que confronta la América Latina.

Al llegar a este punto vuelvo al tema de mi disertación, o sea el papel de los militares en la América Latina. Yo creo que, además de las medidas enérgicas que los militares de la América Latina están adoptando para contrarrestar la amenaza de la insurgencia comunista, hay tres campos adicionales en los cuales la dirección de los militares puede quizás ser de valor decisivo en la larga guerra emprendida entre las fuerzas del comunismo y las de la democracia. El primero de ellos es necesario por su efecto inmediato, a corto plazo. Este es la intensificación de los programas de Acción Cívica, con mucha mejor publicidad doméstica. La importancia y el papel que desempeñan estos programas son bien comprendidos por esta audiencia y, por esa razón, no me extenderé más sobre ellos.

El segundo campo abarca un proyecto a más largo plazo, pero su importancia, en mi opinión, es muy grande. Se trata de la tentativa de superar la influencia que los comunistas han logrado en las universidades. Yo creo que

el Presidente Belaúnde del Perú ha dado un paso de los más constructivos al hacer que los estudiantes universitarios vayan durante el período de sus vacaciones académicas a observar el trabajo que están llevando a cabo los militares, a observar el esfuerzo educativo del Ejército, su competencia y adiestramiento y sus proyectos de Acción Cívica. Otro método útil podría ser la iniciación de adiestramiento de oficiales de la reserva en una cantidad mayor de las Instituciones Educativas. Estoy seguro de que si los militares de la América Latina dedicaran todo el potencial de su inteligencia, habilidad y dirección a contrarrestar la influencia del comunismo en las universidades, el éxito obtenido hasta aquí por el Presidente Belaúnde del Perú se puede multiplicar muchas veces en todo el continente.

Finalmente, considero que en el problema de la elevación de las normas de integridad en los asuntos públicos, los militares pueden ejercer la misma influencia que han demostrado en el pasado con gran distinción y magníficos resultados en tantos campos diferentes. Volvamos a referirnos a un problema a largo plazo y profundamente arraigado, que no responderá a medidas de emergencia o a métodos drásticos. No obstante, me parece que es un problema que se puede solucionar y que la dirección de los militares puede ser una influencia decisiva en el logro de su solución.

Espero que ustedes me perdonen si al discutir esto vuelvo de nuevo a la experiencia de mi propio país. Esto no quiere decir que no se puedan encontrar en otras partes soluciones igualmente valiosas para el problema. Significa sencillamente, que, como todos somos producto de nuestra propia experiencia, yo puedo citar mejores posibles soluciones refiriéndome a la historia que conozco mejor. En casi dos

siglos de vida independiente de los Estados Unidos de América hemos tenido también nuestra parte de malversaciones, corrupción y escándalos gubernamentales. Hemos tenido escándalos agrarios, ferrocarrileros y petroleros. Hemos tenido corrupción en el gobierno nacional y, algunas veces, en mayor escala en gobiernos estatales y, especialmente, en los gobiernos de algunas de nuestras grandes ciudades. La parte buena de este asunto es que hemos hecho mucho para descubrir, controlar y corregir estas cosas. Esto se ha logrado mediante intervenciones fiscales, controles e inspecciones; insistiendo los supervisores sobre la honradez de sus subalternos; dando amplia publicidad a la corrupción cuando se descubre; educando al electorado sobre el hecho de que la mejor manera de obtener un gobierno honrado es ir a las urnas y derrotas, siempre que se descubran picardías, al partido y los oficiales que detentan al poder. Pero todavía hay algo más importante; esto se ha logrado castigando severamente a los contraventores. No solo los que evaden los impuestos y los oficiales gubernamentales de baja categoría pagan fuertes multas y cumplen largos periodos de cárcel cuando se descubren sus faltas, sino que, según bien recuerdo, hasta miembros del Congreso Nacional han sido condenados a largos periodos de encarcelamiento, por haberseles encontrado culpables de malversaciones, y eso sin nombrar al gobernador de por lo menos un estado importante. Tomó largo tiempo conseguir lo que se ha logrado. También tomó tiempo y educación el desarrollo de una conciencia pública de normas de actuación de los funcionarios públicos.

Para este fin, el Ejército de los Estados Unidos de América tuvo una influencia decisiva. En 1817 el Coronel Sylvanus Thayer fue nombrado super-

intendente de la Academia Militar de los Estados Unidos de América y desempeñó dicho puesto aquí, en West Point durante más o menos 16 años. Entre otras innovaciones importantes él estableció un sistema de honor que ha sido continuado hasta la actualidad. Este sistema de honor tiene atractivos que interesan a los jóvenes de buena disposición, pero en esencia, establece que un cadete que es culpable de una declaración oficial falsa, o de hacer fraudes, como el copiar de otro estudiante los exámenes, sea expulsado de la Academia Militar. Este mismo código de honor ha sido adoptado por el Ejército. Aquél a quien se le encuentra culpable de declaración oficial falsa, se le da de baja del Servicio. En forma similar, cualquier malversación o uso indebido de fondos gubernamentales o de otros fondos confiados a su supervisión da como resultado que el oficial se le expulse del servicio. Las normas establecidas en West Point han sido aceptadas y adoptadas, en mayor o menor grado, por las mejores universidades, aquellas que producen un gran porcentaje de nuestros líderes en los Estados Unidos. Similarmente, las normas del servicio público que rigen en el ejército rigen también en otras dependencias oficiales del gobierno.

Cito esta pequeña parte de la historia, porque me parece que en la actualidad éste es el campo en el cual la dirección de los militares de la América Latina puede tener quizás la mayor significación en el desarrollo futuro de sus respectivos países. Los militares latinoamericanos han ejercitado ya su influencia en este campo. Algunas academias militares tienen código de honor. Los militares de varios países han tratado de elevar las normas de integridad de los oficiales muy por encima de la que son comunes entre los funcionarios civiles. En la conferencia celebrada en West Point sobre

los problemas de la América Latina, a la cual me he referido previamente, varios de los educadores que criticaron más la reciente acción militar en la América dieron testimonio del nivel relativo de honradez y honor existente entre los militares, aun cuando tengo que admitir que el testimonio que dieron fue presentado más bien en sentido negativo. En lo que sí estuvieron de acuerdo los que asistieron a la conferencia fue en que, bastante frecuentemente, los habitantes de un país en el cual ocurre un golpe de estado están dispuestos a aceptar un gobierno militar, porque consideran que los militares tratarán al tesoro público con más justicia como lo hicieron los funcionarios civiles a quienes ellos reemplazan. Mi propia observación ha sido que, aun cuando en el pasado han obtenido ganancias personales los oficiales dedicados a la compra de equipo militar y, hasta en el manejo de los fondos destinados a pagar y alimentar los soldados, tales prácticas han ido disminuyendo en años recientes, y los militares están ayudando a los funcionarios civiles a establecer las normas relativas a la propiedad pública y la integridad. No hay duda de que un gran paso hacia adelante fue la acción del General Castello Branco, antes de asumir la Presidencia del Brasil al declarar públicamente todas sus posesiones y pertenencias. Los Senadores de mi propio país han estado considerando aprobar una disposición semejante, pero todavía no han completado el procedimiento.

Mucho más es necesario hacer y más se puede hacer. Aun cuando el problema es susceptible de solución solo a

plazo y las posibles soluciones solo se lograrán después de esfuerzos concienzudos de parte de muchas personas, la acción vigorosa ahora adoptada puede producir resultados discernibles y valiosos dentro de unos pocos años. Aceptando que, con nuestra gran diversidad de países, será necesario seguir diferentes rutas para obtener normas elevadas de eficiencia e integridad gubernamental, parecería que el establecimiento en las academias militares de un código de honor riguroso, destinado a lograr fines similares a aquellos logrados por el trabajo de Sylvanus Thayer aquí en West Point, junto con unas intensificaciones fiscales para comprobar la integridad de la administración militar actual y el manejo fiscal, serían pasos de valor incuestionable y de gran influencia. Tal acción señalaría inequívocamente a los militares de la América Latina como líderes en la consecución de las metas de libertad, prosperidad y progreso que fueron el ideal de nuestros grandes libertadores, esos líderes militares a quienes deben nuestras patrias su existencia. Eso apresurará el día en que un escritor honesto y objetivo que mire a la escena latinoamericana, en vez de indicar las debilidades y corrupciones de los funcionarios públicos como razón básica del por qué el comunismo es un peligro, pueda hacer énfasis en que la dedicación al deber, el honor y la integridad de los funcionarios han sido contribuciones fundamentales a las fuerzas económicas, sociales y políticas de esos países. No hay duda de que éste sería el mejor de los más grandes logros de sus líderes militares.